

temas propuestos

La educación religiosa positiva como prevención y como terapéutica (*)

La circunstancia de que esta comunicación sea de las últimas en exponerse permite acentuar la practicidad de su contenido. Las teorías desarrolladas en anteriores ponencias y comunicaciones avalan el tema que expongo, urgiendo hacia una divulgación de sus normas y directrices.

En dichos trabajos se ha aludido repetidas veces a educadores exigentes y rígidos, a madres ansiosas, posesivas y superprotectoras, a "déficits" de amor en la primera infancia, a dualidades antagónicas en las directrices educativas. Por todo esto pensamos que cuando de salud mental y conducta religiosa se trata, lo importante es constituir un equipo del cual hemos de formar parte, además de los teólogos, psicoterapeutas y psicólogos clínicos, los educadores—y añadiría, los políticos—, ya que todos vertemos sobre el hombre nuestra actuación y hemos de tratarle como unicidad indivisible, puesto que de otro modo puede quedar destruido en una vivisección inhumana.

I. LA EDUCACIÓN COMO POSIBLE FACTOR DE LA ENFERMEDAD MENTAL.

Conviene exponer esquemáticamente los principios en que basamos la anterior afirmación. Son:

1.º El hombre no es siempre un enfermo mental innato. Si lo fuese, todos seríamos enfermos y lo normal sería "estar loco".

2.º El distanciamiento intra e inter-personal

(*) En la penúltima sesión de trabajos del VII Congreso Católico Internacional de Psicoterapia y Psicología clínica, celebrado en Madrid del 10 al 15 del pasado mes de septiembre, dió lectura la señorita M.ª Raquel Payá, Dra. en Pedagogía y Profesora de Escuela Normal, a la presente comunicación, que suscitó un gran interés entre los congresistas y esperamos lo suscite también entre nuestros lectores. La comunicación plantea con especial precisión y claridad algunos temas básicos (la educación como factor de enfermedad mental, la inaptación provocada por la educación negativa, las consecuencias de una educación religiosa concebida negativamente, y las posibilidades terapéuticas de una educación religiosa bien dirigida) que ya han sido algunas veces objeto de consideración, más o menos alusiva, desde esta Revista. Confiamos por ello en que nuestros colaboradores y lectores nos hagan llegar en forma breve sus puntos de vista, de los que daremos referencia, literal o extractada, a través de los próximos números.

entre hombre normal y anormal no ofrece un corte rotundo. En términos estadísticos lo normal es una pura abstracción matemática que la realidad no ofrece sino por azar. Pero existe una extensa zona de más o menos normalidad: el 68,26 % central de la campana de Gauss o curva normal de probabilidad. No creo que se pueda demostrar fácilmente que estos fenómenos no sigan la distribución a que se ciñen otros tantos fenómenos psico-biológicos.

3.º Como consecuencia directa el hombre enfermo, probablemente, ha sido antes, o lo es en parte, sano. O al menos ha sido considerado como tal. Ha estado, por tanto, sumido en un ambiente educativo. La educación es indudablemente más extensa que la clínica. Cuando el hombre enfermo llega al médico lo hace no para soportar unas técnicas perfectas, sino para recuperar la salud. Si la logra—y en eso está el éxito de teorías y prácticas psicoterapéuticas—volverá al medio habitual para seguir educándose. Educación que no terminará, en sentido estricto, hasta su muerte.

4.º El hombre tampoco nace educado. Educación es sinónimo de perfección y a ésta se llega, paso a paso, por una interacción de herencia y medio, de interior y exterior del Yo y los Otros.

5.º Cuando puede llegar la enfermedad mental a nuestro educando—bien porque sea enfermo y su latencia aflore de tal manera que devenga "insopportable", o bien porque esté enfermado—, en este preciso momento nos asalta la duda, si somos educadores conscientes, de cuál ha sido nuestra influencia, ya que sabemos que se enferma por causas endógenas y exógenas. Entre estas últimas ¿qué papel desempeño yo, como educador? Y hablo de educadores en el sentido más amplio: padres; abuelos, tíos y demás familia—éstos son no pequeño problema—; maestros iniciales y educadores del pre-escolar; maestros de primeras letras, tan esenciales que se puede comprobar la primera causa de muchos fallos escolares en una deficiente técnica de la lectura silenciosa. (Si los fracasos escolares engendran neurosis o no, eso vosotros, psicoterapeutas, lo sabéis); Profesores de primeros años de enseñanzas medias y de últimos; formadores en el amplísimo campo del aprendizaje y tantos otros que si han adquirido una preparación psico-pedagógica desde el punto de vista de la salud mental, lo han conseguido de una manera autodidacta, por su propia voluntad.

Por eso cuando se describe una historia clínica de un enfermo mental y en ella se alude, directa o veladamente—en este Congreso se ha hecho—a la existencia de factores negativos en su educación previa, podemos preguntar: y ¿cómo hacerlo mejor?

II. LA EDUCACIÓN NEGATIVA COMO CAUSA DE INADAPTACIÓN.

El hombre nace potencialmente inclinado a la acción:

acción de conocer—homo sapiens—

acción de hacer—homo faber—

además de la acción en ese mundo efectivo del que no vamos a tratar aquí, no por considerarlo menos importante, ya que pensamos que lo es más, sino porque sobre él influimos no con la acción directa, sino a través del gesto, de la actitud, exclusivamente como causas ejemplares.

Esta tendencia espontánea a la acción es de observación común y de experiencia científica. Todas las obras y tratados de Psicología del niño aportan datos. Citaremos entre ellos el conocidísimo de Gesell: "El niño de cinco a diez años". En esta obra se presentan gradientes de crecimiento que son como cortes longitudinales en los que cada función psíquica o psicofísica es estudiada desde el nacimiento a los diez años.

Los gradientes de crecimiento estudiados son:

a) Características motrices: actividad corporal; ojos y manos.

b) Higiene personal: comer, dormir, eliminación, baño y vestido, salud y quejas somáticas, descargas tensionales.

c) Expresión emocional: actitudes afectivas, llanto y emociones relacionadas con el llanto, autoafirmación y cólera.

d) Temores y sueños.

e) personalidad y sexo.

f) Relaciones interpersonales: madre-hijo, padre-hijo, hermanos, familia, maestro-niño, niño-niño, grupos en el juego.

g) Juegos y pasatiempos: intereses generales, lectura, música, radio y cinematógrafo.

h) Vida escolar: adaptación a la escuela, comportamiento en clase, lectura, escritura, aritmética.

i) Sentido ético: acusaciones y excusas; reacción a la dirección, al castigo, al elogio; respuesta al razonamiento; sentido de lo bueno y de lo malo; verdad y propiedad.

j) Panorama filosófico: tiempo; espacio; lenguaje y pensamiento; guerra; muerte; divinidad.

El largo esquema que precede ha sido elaborado sobre observaciones tomadas en muchos niños y todas ellas tienen como principio básico del desarrollo, la actividad.

Puede nuestra curiosidad científica llevar al máximo extremo esta observación y siempre encontrará el ejercicio como base psicológica de la evolución y del perfeccionamiento educativo.

No tenemos estudios hechos sobre la realidad del cómo educamos, en este aspecto. Para ello sería necesario preparar un equipo de observadores adiestrados técnicamente, que hiciesen acopio de datos sobre las veces que el niño recibe un "no" cuando trata de ejercitar con pleno derecho sus naturales tendencias, en contra de las veces que recibe un "sí". Temo que el recuento estadístico de los resultados no nos fuese favorable. A los adultos, claro está. "No hables, no preguntes, no toques, no hagas, no curioses, no te muevas..." Aun en los casos que el imperativo está formulado positivamente su contenido es negativo = "No seas tú, tú mismo".

Bien entendido que con estas afirmaciones no promulgo la absoluta espontaneidad educativa.

Esto sería la negación de toda educación. Lo que pido es el encauzamiento y no la supresión de esa natural y legítima tendencia a hacer, a ser.

Personalmente he estudiado un grupo de 130 muchachas acogidas a los Tribunales Tutelares de Menores en España. Siempre he encontrado esta educación represiva—o mejor, este embrutecimiento dirigido—primero en su hogar—por llamarle también así—y luego en el ambiente difuso: calle y barrio en el que habían crecido. A veces esta educación negativa llegó a destruir su capacidad de decisión. Sólo se comprende que a unas preguntas como las siguientes:

—¿Te gusta que te digan cómo hacer las cosas, mejor que hacerlas como te plazca?

—¿Te gusta discutir? ¿Crees tener generalmente razón?...

contesten a la primera un 76,12 % que prefieren recibir dirección directa, y a la segunda, no creen tener razón un 70,82 %. La edad media del grupo era de quince años, o sea, plena adolescencia, en la que normalmente es la rebeldía cualidad distintiva.

Todo precepto negativo que venga a constreñir una actividad, puede ser en sí mismo causa de una situación angustiosa, de una frustración interior o exterior, pero objetiva y real, que fuerza al niño a adoptar un mecanismo de defensa—y no siempre de ajuste adaptativo—que pueda llevarle al desequilibrio, a la pérdida de la salud mental, a la inadaptación familiar, escolar, social, religiosa.

Esta situación angustiosa creada por los preceptos negativos será mayor cuanto más intensa sea la necesidad—objetiva o subjetiva—y el desecho consecuente.

Puede surgir aquí una objeción: ¿Por qué tantas personas aún sometidas a una educación de este tipo, no son inadaptadas ni han caído en una enfermedad mental? La contestación es relativamente sencilla: Porque Dios ha dotado al hombre de recursos insospechados que le llevan a veces a educarse aun a pesar nuestro y de nuestros absurdos sistemas y métodos docentes o disciplinarios. Pero ahora no tratamos de estos seres excepcionalmente ponderados, sino de esa zona central, limítrofe, que puede ser llevada tanto al desequilibrio como a la adaptación, según sean los medios educativos que con ellos empleemos.

Cuando ya había pensado mucho sobre esto, encontré las siguientes frases que no resisto a copiar:

A los diez años comenzó el segundo período, menos feliz, en la educación del niño Saulo. Desde esta edad el muchacho hebreo era introducido en la llamada "Ley oral". Cada día venía ahora a conocer todo un conjunto de nuevos pecados. Los rabinos habían levantado alrededor de la Ley de Dios una enorme valla de mandamientos orales, prescripciones de purificaciones y distinciones muy sutiles, que hacían pasar por tan obligatorias como los diez Mandamientos. Para un alma delicada y naturalmente sensible, como la de Saulo, esto debía suscitar peligrosos sentimientos de contraste, en medio de un mundo de brillante cul-

tura, que vivía de muy diferente manera. Sobre este tiempo, que le arrebató el paraíso de la niñez, escribió San Pablo más tarde, en su virilidad, en la carta a los romanos, esta experiencia que estremece:

Pero yo, hubo un tiempo en que viví sin ley (inocencia de niño). Luego vino el precepto y el pecado revivió. Y yo, yo morí. El mismo precepto que debía dar vida, fué hallado por mí como mortífero. Pues ¡el pecado fué incitado por el precepto y me engañó por el precepto!

Hasta entonces había visto el niño sólo de lejos con veneración y curiosidad... Ahora resonaba de repente a cada paso en sus oídos esta palabra: "¡No debes! ¡No hagas eso! ¡No toques!" Entonces se indignó su joven alma irritable. Creyóse engañado en su conciencia natural, pareciéndole como si hubiese gustado la muerte.

(Tomado de HOLZNER: *San Pablo*. Ed. Herder. Barcelona, 1951, págs. 9 y 10.)

Este sistema negativo lo sufrió en su cuerpo y en su espíritu San Pablo cuando aún no era santo. Y fué necesaria una gracia extraordinaria para llevarle a la santidad, y esa gracia fué una invitación positiva.

Estas características suele tenerlas toda la educación: la familiar—los "no" de los adultos a los niños en el hogar—y también la educación "institucional", colectiva—de grupos de educadores sobre grupos de alumnos—. Pero donde lo negativo se lleva al máximo es en los centros de "reeducación" para inadaptados sociales—delincuentes—, bien sean adolescentes o jóvenes. Y pretender reeducar "negativamente" a los que "negativamente" han sido educados es dejar siempre "seres inacabados", incapaces de ser adultos, libres y responsables.

Se puede afirmar—y a mí me justifica esta afirmación la personal experiencia en los trabajos que sobre delincuencia juvenil femenina he hecho—que muchas fijaciones, opoentes regresiones—en el sentido psicoanalítico de la palabra—han sido originadas por sistemas educativos de signo negativo.

El "no" es parecido a la represión psicológica y tal vez fuerce a ella, pero en educación reprimir no es educar, de la misma manera que, según creo, reprimir en psicoanálisis no es suprimir la causa, sino el dolor.

La represión en algunos sistemas disciplinarios actualmente en uso es creer que logramos la educación cuando el imperio de los "nos" ha sido perfectamente acatado. Y no debemos olvidar que el niño que al nacer deja el 100 % de sus actos a nuestro antojo, a los veinte años debe ser dueño del 100 % de sus actos, y mal podrá ejercer su libertad si a los diez años no es dueño, al menos, del 50 %. No le forcemos, pues. Reprimir fuerza a ocultar, a mentir, a simular. Cuando no hace hipócritas o enfermos psíquicos, puede aniquilar, destruir. Reprimir no es educar. Educar es conducir, alimentar, guiar, crear.

Creo que las frases anteriormente citadas aluden a la dinámica de esta educación errónea: "Pues ¡el pecado fué incitado por el precepto y me engañó por el precepto!"

Y esta dinámica sigue viva siempre que el sistema de estímulos es como el que recibió el niño Saulo.

III. EDUCACIÓN RELIGIOSA NEGATIVA Y SUS CONSECUENCIAS.

La formulación religiosa-moral también suele seguir esta ruta del precepto negativo. Pero esto no lo es en sentido estricto. Así:

El Decálogo es principalmente negativo, pero sólo en lo externo, y no lo es la formulación evangélica reducida: "Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

Son positivos los mandamientos de la Iglesia.

Y positivas son, casi siempre, las normas dadas por Jesucristo, y el fondo de las parábolas.

Y positivas son las obras de misericordia. Y las virtudes. Y los dones del Espíritu Santo.

¿Por qué, pues, es negativa la moral y la religión que se da a los niños?

Y es negativa en el hogar, y en la escuela y a veces también en el templo.

Viene aquí tan a cuento unas frases que las traigo como confirmación de lo dicho y también como una coincidencia. Algo así como si fuese "expresión unánime del pensamiento actual".

La castidad es una apuesta imposible y ridícula si sólo tiene por armadura preceptos negativos. Es posible y bella y enriquecedora si se apoya en una base positiva: el amor de Dios, vivo, total, único capaz de contener la inmensa necesidad de amor que llena nuestro corazón de hombre.

¿Una religión negativa: tú no harás ni esto ni aquello? No, por ciento. Pero un amor de Dios tan profundo, tan intenso, que le sube a uno al borde de los labios, a lo largo de los días. Eso es positivo y permite tenerse en pie contra viento y marea.

(LILÍ ALVAREZ: *En tierra extraña*. Ed. Taurus. Madrid, 1956. 263 págs. (pág. 32).)

El sistema negativo que acabamos de describir y que se puede emplear en todos los aspectos, tanto docentes como educativos, es mucho más grave cuando se trata de lo religioso-moral. Existe siempre el peligro de que reprimiendo, acrecentemos el deseo de oposición agresiva dispuesto a desbordarse por el extremo contrario. En lo moral y en lo religioso la educación positiva ha de ser extremada: aun el no hacer hay que darlo como "un hacer el no hacer" que puede ser valioso en grado máximo, pues nos lleva a ser responsables, autores conscientes y esforzados de nuestra propia vida.

Convendría que reflexionásemos si en el fondo de estos sistemas negativos hay una confusión de fines:

— bueno es lo que me resulta más cómodo a mí, educador.

— malo es lo que perturba el orden, mi orden.

Conviene hacer aquí una salvedad psicológica: el niño normal no es nunca uniformemente bueno o malo. Se comporta de tal manera que unas veces es bueno y otras malo. Lo que importa es dar alientos y estimular conductas positivas, condicionándolas a reacciones gratas, antes de remachar los negativos. Porque hemos de recordar en cada momento, cuando educamos o cuando curamos, que el niño está, no es. Está siendo.

Una observación: Sabemos que "nada es el que siembra ni el que riega, sino Dios que es el que da el incremento. El niño bautizado es potencial y realmente católico, pero pasa a serlo conscientemente a medida que crece, y para ello necesita un ambiente y unos factores educativos personales que somos los educadores. Permítaseme la metáfora: el hombre es todo él un hermoso cuadro que la gracia irá pintando con la colaboración íntima del mismo hombre, hecho éste misterioso y sobrenatural al que todos debemos asistir con respeto y veneración. ¿Cuál es nuestra función, la de todos y muy especialmente la de nosotros como educadores? Sencillamente la de preparar el marco educativo: un ambiente y unos factores externos. Pero todo ello para dar cauce a la corriente de acción, a la natural tendencia a la actividad.

Esta es, para mí, nuestra función como educadores: artesanos de marcos, pero no en serie, sino a tono con el cuadro que se está haciendo y en su justa medida y proporción. Hecho de "sis". Y esto en dogma, y en moral y, sobre todo, en piedad. La Santísima Trinidad que mora en el alma en gracia y la Medianera de todas las gracias, irán poniendo pinceladas. Pero, ¡alerta!, no ' , estropeemos nosotros.

Finalmente unas breves reflexiones interrogativas:

Procede:

- una revisión de los procedimientos de enseñanza de la Religión en palabras y textos. Hay libros que se pueden poner en todas las manos, porque se caen de todas las manos, se ha dicho.
- una revisión de nuestros reglamentos y sistemas disciplinarios: filas, uniformes, silencios, premios y castigos...
- revisión de nuestros sistemas de sancionar y calificar conducta: mal, muy mal... muy bien. En la vida, muchas veces, quedan mal los "muy bien" escolares. Dios no juzga hasta úl-

tima hora, porque espera. Me atrevería a decir: cree en el hombre.

— revisión de nuestros exámenes y notas de religión—diría lo mismo de otras materias de enseñanza—. Me he preguntado más de una vez: ¿Se puede moralmente, teniendo una mente "psicológica", "suspender" en religión cuando se quiere hacerla amar y ganar para ella a las almas?

— revisión de algo que me preocupa especialmente y que tal vez pudiera empezar a resolverse aquí: me refiero al problema del niño expulsado. El expulsado es el que ha recibido el más rotundo "¡NO!". Se le expulsa del centro educativo en que estuvo varios años. Y luego de otro. Las historias clínicas están llenas de hijos no deseados y no aceptados, y de niños expulsados. Pero ¿quiénes se han preocupado de preparar al niño para que acepte "con salud mental" tal medida? ¿Y de preparar a la familia y a la sociedad próxima para que con su actitud no acentúe la dificultad? ¿Y de preparar centros donde el expulsado pueda recibir el trato que necesita?

— ¿Convendría preparar una obra de divulgación sobre las nociones mínimas necesarias sobre salud mental y educación religiosa?

Perdóneseme la impaciencia. Pero la tarea de educar es un hacer diario: de hoy y de mañana. Y no podemos esperar si con nuestras deficiencias podemos llevar a nuestros educandos a la enfermedad mental, a la inadaptación social o a una menor eficiencia en su vida religiosa de auténtico cristiano.

IV. LA EDUCACIÓN POSITIVA COMO TERAPÉUTICA.

Siempre prevenir es mejor que curar. Pero cuando el enfermo mental en vías de curación nos ha sido entregado para que continuemos con él nuestra función de educadores se nos dará un diagnóstico y un tratamiento que sea coadyuvante al que clínicamente recibe.

Estas directrices son las que los educadores de buena voluntad pedimos a los científicos reunidos en este Congreso y a la Asociación que se constituye, para poderlas ofrecer, en un mañana próximo, hechas realidad.

En este sentido puede entenderse también la última recomendación del apartado anterior.

M.^a RAQUEL PAYÁ.